

EL OBJETO Y SUS VICISITUDES

Alberto Loschi

La palabra *objeto* consiste en una categoría lógica necesaria para nuestras construcciones teóricas; el mismo lenguaje que usamos la implica y no puede prescindir de ella.

En un sentido amplio *objeto* designa aquello que atrae una determinada acción. Correspondería a aquel ente que atrae la acción del verbo. Por ejemplo, si la acción es pensar, objeto es aquello hacia donde se dirige ese pensar; si es amar, el objeto es hacia donde se dirige ese amor, etc.. Objeto sería el lugar o ente al que apunta la acción del verbo; lo pensado, lo amado, etc..

Es de ese modo que lo usamos para hablar de objeto de deseo, objeto de la pulsión, objeto de amor.

Desde esta perspectiva lo que crea al objeto sería la acción del verbo y no el sujeto. En principio habría objeto para un verbo.

Simultáneamente el objeto da sentido a 'otro' objeto, que ocupa el lugar de sujeto del verbo. Por ejemplo, la palabra Juan y la palabra María aisladas escapan a estas consideraciones, pero si digo: -Juan

ama a María-, María aparece como objeto de ese amor haciendo de Juan un objeto que ocupa el lugar de sujeto del verbo. Así, se podría decir que la acción del verbo establece un desdoblamiento, una extensión que configura la polaridad sujeto- objeto. En el espacio de esta polaridad ya puede circular el sentido. Esta consideración resulta afín y acorde al concepto que da Freud de **yo real primitivo**, al postular que en ese nivel es la acción la que establece el distingo entre un interior y un exterior, distingo que ya implica la polaridad sujeto- objeto. De este modo sujeto-objeto señalan lugares, son posiciones correlativas que demarcan un **espacio**; el de la extensión psíquica.

Veamos un ejemplo: *Hablar al público*.

La acción *hablar* crea al objeto *público* (ya que sin esa acción u otra que ocupe su lugar no sería *público*). Pero, además, el objeto *público* le da sentido al sujeto de la acción. Desde esta otra perspectiva, el objeto, al dar sentido, *crea* su sujeto. Por ejemplo, si el público aplaude al que habla *crea* un determinado sujeto, si lo abuchea *crea* otro. Lo mismo en sentido inverso, si el que habla despierta interés *crea* un objeto, si aburre *crea* otro.

Otro ejemplo

Un paciente dice al entrar a sesión *-Le traje los honorarios-*.

El analista interviene *-Si usted es el que los trae quién es el que me paga?-*

La acción *traer los honorarios* crea al objeto de la misma (el que recibe 'eso' que le traen). El analista ocupa el lugar de ese objeto de transferencia y, desde allí, da sentido a la acción contrastando *traer* con *pagar*. Al hacerlo crea otro sujeto *-el que paga-* y él mismo aparece como otro objeto *-el que recibe el pago-*.

Resumiendo: hay un movimiento donde la acción define su objeto y, además, el objeto da sentido a la acción creando un sujeto.

Considerado este movimiento en una dirección puede decirse que es la transferencia la que hace a su objeto. Desde la dirección inversa diríamos que es al ocupar el lugar de objeto que la transferencia cobra forma.

Creemos que es necesario sostener esta visión 'binocular' para mantener la 'tridimensionalidad' del fenómeno de la transferencia.

Así como cuando enfocamos nuestra mirada cerrando alternativamente un ojo y otro se modifica el ángulo de nuestro campo visual provocándose un corrimiento pendulante del objeto, del mismo modo podríamos describir dos polos en el objeto psicoanalítico; los que hacen a la polaridad sujeto-objeto.

Un ejemplo

Al comenzar la sesión el analista carraspea, luego el paciente dice: -estoy con tos-.

Suponemos que al escuchar los ruidos broncoguturales emitidos por el analista, se presenta ante el paciente un objeto *extraño*; esa escena primaria traumática es 'resuelta' por identificación y entonces el paciente dice: -estoy con tos-. Al explicitar luego esta secuencia, el analista le devuelve a *tos* el carácter de objeto; como si *tos* fuera el nombre, lo que nombra a ese objeto que el paciente encuentra en los ruidos que emite el analista. Tomando en sentido literal la frase -estoy con tos- es como si el paciente dijera: -estoy con vos, y vos sos *tos*; ese objeto extraño-. De este modo la intervención del analista restablece **el espacio** del objeto.

Hasta resulta sugerente especular que el desdoblamiento sujeto-objeto guarde relación con el establecimiento en lo psíquico de la noción de **espacio**.

A este desdoblamiento sujeto- objeto, que establece la noción de espacio, se agrega otra polaridad del objeto, más compleja de describir. Pensamos que esta última tendría que ver con la aparición en lo psíquico de la noción de **tiempo**.

Polo actual y polo psíquico del objeto

Con el fin de explicarlos recurriremos a la frase de Freud que fue epígrafe en nuestro número anterior *"El hallazgo de objeto es propiamente un reencuentro"* y jugaremos con ella.

La frase dice que encontrar el objeto es reencontrar en él lo ya conocido, *'el brillo en la nariz'* que le de significación para mí. Se puede decir: el significado que surge desde el objeto me 'crea' como sujeto, *'en el objeto me encuentro'*; el objeto reencontrado *me* significa, *me* identifica.

(De ese modo se instala la cara más visible de la transferencia, la que es repetición, la que permitiría decir que el comienzo de un análisis es un recomienzo. La formación de este objeto en y por la transferencia es semejante al mecanismo de los sueños).

Sigamos jugando con la frase. Si el encuentro de objeto es un reencuentro, eso quiere decir que el encuentro de objeto se da en la 'segunda vez'. Además, quiere decir que en la 'primera vez' se da otra cosa que un encuentro, ya que si ella fuese un encuentro no se aplicaría eso de que *'el encuentro es un reencuentro'*. En tal caso el encuentro sería un encuentro como el desayuno es el desayuno y no habría necesidad de decir que *'el desayuno es en el almuerzo'*.

Pero, entonces, de qué se trata esa 'primera vez' si no se trata de un encuentro?. Qué puede ser un desayuno si no es un desayuno?.

Pongamos por caso que esa 'primera vez' es *"tomar el pecho"*. De acuerdo a lo que decíamos antes, *pecho* es objeto para la acción de *tomar*.

'La segunda vez', el reencuentro, aparte de *tomar el pecho* (donde *pecho* es objeto y *tomar* acción), también se da que toda la frase *tomar el pecho* es objeto a su vez de una conciencia a la que le da

sentido instalando un yo identidad: *"me miro tomar el pecho"* o *"yo tomo el pecho"*. En esta 'segunda vez', que es una escena psíquica, ya está el yo identidad incluido en ella. Freud llamó a esto identidad de percepción para explicar el modo por el que cobra cualidad para la conciencia la 'primera vez'. Cobra cualidad al agregarse una identidad. La 'segunda vez', a diferencia de la 'primera', es una escena psíquica; lo que la caracterizaría es que en ella está incluido el yo identidad.

Digámoslo desde la metáfora del primer modelo de aparato psíquico.

Si la 'primera vez' es el estímulo que impacta en el polo perceptual (polo que está en los límites del aparato psíquico sin ser todavía psíquico -recordemos 'el esquema que hace Freud-), la 'segunda vez' corresponde a la identidad de percepción que le da cualidad psíquica a la 'primera vez'. Entonces, adaptando este ejemplo al modelo de aparato psíquico, haríamos coincidir 'la primera vez' con el polo perceptual -aún no psíquico- (recordemos que en la tópica freudiana queda diferenciado el polo perceptual de la conciencia) y 'la segunda vez' correspondería a la identidad de percepción que le da cualidad de escena psíquica a la 'primera vez' para así llegar a la conciencia.

Es importante aclarar que *no psíquico* no alude a que entonces es somático; 'somático' es también figurabilidad para lo psíquico.

Explicar este mecanismo a través del desdoblamiento en dos pasos es -como toda explicación de este tipo- artificial, pero resulta útil para entender otros fenómenos asociados. Por ejemplo, que la identidad sólo puede darse la 'segunda vez', empieza en la 'segunda vez'. En el reencuentro del objeto encuentro la identidad del yo. Creemos que esto coincidiría con lo que Freud llamó ***yo de placer***.

Si seguimos esta idea concluiremos que el aparato psíquico también comienza la 'segunda vez'. Comienza con el 'almuerzo' no con el 'desayuno'. El *tomar* de la 'primera vez' (aceptemos por el momento esta ficción de 'dos tiempos') todavía no es psíquico, aunque es estímulo para lo psíquico. Está en los límites y no corresponde aún al yo identidad.

Ese objeto *pecho* de la 'primera vez', por haberse adelantado y aparecer en el 'desayuno', ocurrir la 'primera vez' y no la 'segunda', queda fuera de lo psíquico; queda fuera del sentido. Quedará para siempre opaco, opacado por el objeto de la 'segunda vez'.

Este último, el que da sentido, el que ya es psíquico presenta una importante diferencia con el 'primero'; diferencia ya mencionada pero que ahora subrayamos: consiste en que el 'segundo' objeto incluye la identidad del yo. "Al reencontrarte **me** encuentro". Al reencontrar al objeto se encuentra la identidad del yo.

Ese objeto reencontrado, el que da identidad, es fundamental para el equilibrio psíquico, para la constitución del narcisismo. A su vez aparta del objeto de la 'primera vez'.

El aparato psíquico, dirigido por la identidad de percepción, se dirige hacia el polo alucinatorio, hacia el polo psíquico del objeto. En este caso el criterio que importa es el placer, no importa *'la verdad'*. Ese objeto reencontrado es un objeto de amor y, en cuestiones de amor, no importa demasiado la verdad.

Podría decirse que el placer se encuentra del lado psíquico del objeto, *'la verdad'*, en el sentido que acá le damos -como efecto de verdad, como vivencia-, estaría del lado no psíquico del objeto.

Ahora bien, cómo describir un objeto no psíquico?, el polo no psíquico del objeto?.

Es un objeto que no se repite jamás, nunca es igual, ni distinto. Siempre es la 'primera vez'. Y, cuando queremos mirar al lugar en el que está, en el afán de encontrarlo, en su lugar encontramos... **nada**. Es que claro... nunca puede ser encontrado, sólo puede ser reencontrado. Y, sin embargo... siempre está allí. A pesar de ser **nada**, ocupa lugar en lo psíquico, crea tensión. Busca aparecer.

Esa tensión y sus efectos es quizás lo único que permite inferir su presencia ya que por lo demás, el aparato psíquico, al querer dar cuenta de él, siempre llega tarde a la cita. Llega en el reencuentro nunca en el encuentro. Ese hiato, esa discontinuidad intenta ser resuelta por el psiquismo, que se lanza en pos de esa inhallable 'primera vez'.

Hasta podríamos sugerir que así como el desdoblamiento sujeto-objeto da la noción de espacio, esta tensión entre estos otros dos polos del objeto estructura la noción de tiempo crono-lógico como espacio entre dos momentos: la nada de la 'primera vez' y la 'segunda'. El tiempo sería así uno de los efectos de esa tensión.

El hombre primitivo construía ritos con el fin de recuperar ese tiempo primordial, esa primera vez ocurrida *in illo tempore*. También el hombre actual se afana por atrapar en sus conceptos el esquivo

origen del universo, el primer instante del big bang. Del mismo modo el niño se pregunta por dónde estaba él cuando sus padres lo concibieron.

Lo que dijimos equivale a decir que el hombre vive en la 'segunda vez', no en la 'primera' y esto sería otra forma de decir, con Borges y otros, que el hombre es el único animal que vive en el tiempo.

El Objeto en la Sesión

La sesión psicoanalítica, con la regla de abstinencia, tiende a condensar en el hablar todo lo que es del campo de la acción. Recordando lo que dijimos al comienzo -que la acción define al objeto-, diremos que el paciente, al hablar, instala necesariamente al objeto de ese hablar.

Ese objeto, al que se dirige el hablar, que atrae el hablar, corresponde a lo que llamamos el polo psíquico del objeto. Se trata del objeto reencontrado, el que da identidad. Es un objeto narcisista, un otro yo. Hace al amor de transferencia.

Hagamos un pequeño paréntesis. Por amor, acá, entendemos el valor psíquico que tiene el objeto para sostener la identidad del yo, el sentimiento de sí; *'al reencontrarte me encuentro'*. En este contexto, por amor queremos dar a entender la fuerza de gravedad que tiene el objeto sobre el sujeto merced a ese valor psíquico. En este sentido en que ahora lo presentamos el amor sería como la tierra natal; puede ser generosa o terrible, brindarnos una hermosa cuna o ser mortal, resultar fértil como un valle o estéril y yerma como un desierto. En cualquiera de esos casos será lo que nos sostiene. Todo ese rango de cualidades puede tener el amor de transferencia, que, fenoménicamente, puede no diferenciarse del odio.

El analista al ocupar el lugar de objeto *da sentido*, cuyo efecto, para usar una expresión de Cesio, es *crear objetos* y, agregaríamos, a la vez *crear sujetos*. De ese modo se comienza el trabajo sobre 'la tierra' del amor de transferencia y, si las cosas van bien, se despliegan otras dimensiones de la misma a las que habitualmente aludimos con los nombres de transferencia positiva o negativa, que van agregando capas al amor de transferencia, incorporando matices y diversidad al objeto de la 'segunda vez'.

No obstante, como una sombra, el objeto de la 'primera vez' acompaña en todo momento este proceso, manteniendo una constante tensión con el de la 'segunda vez'. Ese objeto, siendo **nada**, es eficaz para lo psíquico, ocupa lugar. Por corresponder a aquello que está en los límites del aparato psíquico y, por ende, fuera de la categoría temporal, podemos decir que corresponde al polo *actual* del objeto.

La particularidad de la posición del analista, que lo diferencia de otras 'relaciones de objeto' consiste en la habilidad que éste tiene (o no tiene), habilidad favorecida por el encuadre, de poder sostener esa bipolaridad del objeto, con la tensión que le es inherente. Esa tensión se manifiesta en la sesión como la dimensión vivencial de la misma; la cual, aprovechada, tiene cualidad poética. En ella trabaja '*la verdad*' buscando aparecer.

El analista, tratando de 'metabolizar' esa tensión vivencial, hace *construcciones* que le dan forma. Podemos entender tales construcciones como 'obras' que le dan un lugar en lo psíquico a '*la verdad*'.

Pero, así como la obra de arte nunca se agota en su sentido sino que, más allá de éste, *es necesario* su carácter de objeto construido, del mismo modo decimos que la construcción del analista no se reduce a la dimensión del sentido y que es fundamental la dimensión de objeto, que sostiene esa tensión de *'la verdad'*. El carácter de *obra* de la construcción brinda *una morada* al 'objeto de la primera vez' que, siendo heterogéneo a lo psíquico, requiere *un lugar* para presentarse. Cuando tal cosa ocurre se suscita en lo psíquico un *efecto de verdad*.

Hasta aquí llega nuestra contribución al tema del objeto. Pero, antes de terminar, no podemos resistir la tentación de incluir una especulación que nos surgió mientras lo elaborábamos. La misma tiende a responder, desde una perspectiva psicoanalítica, a la cuestión de *por qué es importante la verdad?*

A partir de decir que *el efecto de verdad* se suscita frente a aquella *construcción* cuya *obra da morada al objeto de la primera vez*, aquél que es *nada*, se nos ocurrió que la importancia de tal construcción que logra dar morada reside en que, de ese modo, protege de la identificación directa con ese objeto ya que éste, por la tensión que

le es inherente, tiende a ocupar *lugar* y, si no se le da, él, de todos modos lo toma. '*La verdad*', que es nada, siempre está.

Agreguemos, con cierto carácter de 'borrador', algunas asociaciones que acompañaron esta especulación. El hombre primitivo 'construía' ritos que le daban *lugar* a lo ocurrido *in illo tempore* (en esa 'primera vez') y lo que en ese lugar el rito presentaba 'era verdad' (es interesante señalar que *el lugar* en que el rito se desarrolla guarda relación con la palabra *escena*). Tales ritos convocaban al *antepasado muerto* (el objeto de la 'primera vez') y consistían en 'algo' que había que hacer con el muerto. Más allá de las distintas formas que fue tomando ese 'algo', en esencia se trataba de un *don*, un sacrificio que había que darle al muerto. Merced a este *don* se le asigna al '*muerto*' un espacio y un tiempo que lo diferencia del '*vivo*' a la vez que establece una relación entre ambos. Especulamos entonces que el *don* protegería de la identificación con '*el muerto*'. Se han interpretado estos ritos como expresión de la culpa hacia el muerto. Pero, en rigor, creemos que la culpa es efecto y no causa. Efecto de no hacer el *don*. Si el *don* es lo que establece la diferencia (y la relación) entre el '*vivo*' y el '*muerto*', la ausencia de éste llevaría automáticamente a la identificación con '*el muerto*'. Lo que llamamos

culpa sería, desde esta perspectiva, la identificación directa con '*el muerto*'. Es estar en *deuda* con él. La '*construcción*' ritual que, con el *don,da* lugar al '*muerto*' estableciendo la diferencia y la relación, protegería de tal identificación. Tal vez este efecto -proteger de la identificación directa- sea el que suscite la vivencia de verdad y tenga efecto '*curativo*'. Esto explicaría que ante lo que aparecía como '*enfermedad*' se buscara su '*curación*' mediante un sacrificio ritual; un don. Desde esa perspectiva podríamos decir que el rito, a la vez que una primera forma de arte, era también una primera forma de medicina.

Más tarde fueron los mitos aquello que *daba* relato a esa '*primera vez*' y, en ese sentido, '*eran verdad*'; a tal punto que, como dice Mircea Eliade, el relato de los mismos '*curaba*'. Es interesante que el arte de aquellas antiguas épocas guarde, sobre todo, relación con el culto a los muertos y luego con sus sucesores, los dioses.

En la Edad Media fue la religión la que *daba* lugar a '*la verdad*' y todo el arte de esa época fue religioso. La '*enfermedad*' era por una culpa y la '*curación*' consistía en una expiación de la misma; los sacerdotes oficiaban de curadores. Cristo librando de la culpa.

Ahora es la Ciencia la que *da* lugar a ese objeto de la 'primera vez', al que le da el nombre de 'causa'. Y, en ese sentido, al descubrir la 'causa', hoy, la Ciencia 'es verdad'('la causa de que los cuerpos caigan es la fuerza de la gravedad'). Acorde con este espíritu de la Ciencia, en esta época la 'enfermedad' es por una causa y su 'curación' tiene que ver con resolver esa causa. Desde esta perspectiva la causa -científica- sería heredera de la culpa -religiosa-.

La construcción (ritual, mítica, religiosa, científica, psicoanalítica), como obra, *da* lugar al objeto y, en ese sentido, es *fundadora*; 'es verdad'. Separa y diferencia al objeto, lo funda, *dando lugar* a esa *nada* que, de ese modo, *nace al tiempo*.

Concluiremos con un ejemplo, pero antes citaremos un párrafo de Heidegger extraído de "El origen de la obra de arte" que alude a lo que, con esfuerzo, tratamos de decir:

"El poner a la obra de la verdad hace que se abra bruscamente lo inseguro y, al mismo tiempo, le da la vuelta a lo seguro y todo lo que pasa por tal. La verdad que se abre en la obra no puede demostrarse ni derivarse a partir de lo que se admitía hasta ahora. La obra rebate la exclusividad de la realidad efectiva de lo admitido hasta ahora. Lo que el

arte funda no puede nunca, precisamente por eso, verse contrarrestado por lo ya dado y disponible. La fundación es algo que viene dado por añadidura, un don". Y agrega luego que lo fundado, el origen, el salto originario ("ur-sprung" - 'origen', significa literalmente, 'salto originario o primordial') es, "como salto, un salto previo en el que todo lo venidero ya ha sido dejado atrás en el salto, aunque sea como algo velado. El inicio ya contiene de modo oculto el final". De ese modo, al decir de Heidegger, surge 'la verdad', que dura lo que dura el salto. Cada vez que esto acontece se "funda historia"... "y la historia experimenta un impulso".

Un ejemplo

P : (Al comenzar la sesión) Me tendría que haber acostado más temprano... me levanté con mucho dolor de cabeza.

A : Tal vez te acostaste pensando en que te tenías que levantar para venir a sesión... soñaste conmigo y se te inflamó la cabeza.

Podemos decir que el 'dolor de cabeza' del que habla P. es una 'construcción' que éste hace que le da morada al objeto y que le permite figurarlo como algo de lo que entonces puede hablar: el dolor de cabeza. Desde esta perspectiva 'el dolor de cabeza' es verdad. De hecho, para alguien en esas circunstancias, el dolor de cabeza no admite duda.

El analista con su intervención hace otra construcción. Habla de 'un sueño inflamado, del que es protagonista junto a P.'. A lo largo de la sesión, que acá no podemos transcribir, 'ese sueño' cobró la forma de 'dos lesbianas acariciándose' para luego dar lugar al fantasma de 'un asesino que asusta'. A esa altura el dolor de cabeza había desaparecido; había dejado de ser verdad.

Bibliografía

1 Cesio, Fidas Acerca del 'objeto La Peste de Tebas
No 21

2 Heidegger, Martin El Origen de la Obra de Arte, en Caminos de
Bosque Edit. Alianza

